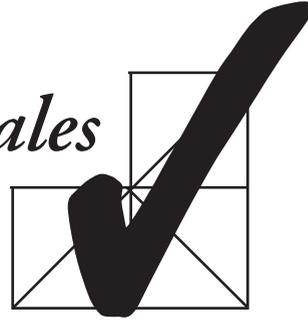
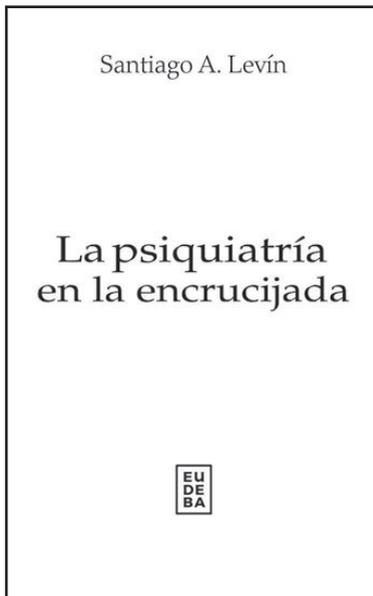


# Lecturas y señales



## La psiquiatría en la encrucijada

Daniel Matusevich



**Santiago Levín**  
Eudeba, 2018

Ricardo Piglia en su ensayo “Nuevas tesis sobre el cuento” plantea que un cuento siempre cuenta dos historias, *La psiquiatría en la encrucijada* para nada es la excepción a esta regla, planteada en la página 122 de *Ficciones breves* y que después fue retomada por varios autores; la cita exacta explica que “...el arte de narrar se funda en la lectura equivocada de los signos. Como las artes adivinatorias, la narración descubre un mundo olvidado en unas huellas que encierran el secreto del porvenir”.

Una de las historias contadas es la relación entre un maestro y su discípulo: el primero rescata un manuscrito

(una ponencia, en este caso) casi perdido, sometiéndolo a una doble transformación, de manuscrito a tesis y luego de tesis a libro: Santiago Levín rescata un trabajo casi legendario que Juan Carlos Stagnaro presentó en unas jornadas cordobesas tomando las ideas centrales del mismo para transformarlas en su futuro trabajo.

Por supuesto que esta historia es una ficción, una ficción verdadera si ustedes quieren, que inmediatamente nos trae ecos de Roberto Bolaño y sus novelas en las cuales alumnos alucinados recorren miles de páginas buscando a sus maestros perdidos en el mundo, o a Enrique Vila Matas y sus estafalarias peregrinaciones por Barcelona, París, Lisboa y Valparaíso.

La otra historia es de qué va el libro: es un libro que recoge el guante en referencia al estado del arte en nuestra especialidad y que ya en la página 17 establece su marco teórico: “...crítico a la psiquiatría bioreduccionista porque pretendo una psiquiatría antropológica, humanística, flexible y eficaz a la vez, que se interese por la biología, el cuerpo, la subjetividad, la historia y la mente humana, en sus aspectos conscientes e inconscientes, por los vínculos, por el grupo”.

La afirmación de Vila Matas sobre que “una obra nueva solo tiene sentido si forma parte de una tradición, pero solo tiene valor en esa tradición si ofrece algo nuevo” se ratifica ampliamente en este caso, ya que es en el fragor de las discusiones sostenidas en el seno del Capítulo de Historia & Epistemología donde germinó la semilla de este texto.

La tradición que mencioné en el párrafo anterior se verifica en el trabajo y otras citas de Stagnaro, en el excelente prólogo de Norberto Conti, en los aportes de Rafael

Huertas desde Madrid y en otras referencias que van jalando la obra. Incluso hoy nos parece encontrar ecos de Levín en el último trabajo publicado por Huertas y colaboradores "Críticas y alternativas en psiquiatría", donde en el prólogo leemos que el libro mencionado "...pretende ser una aportación a la crítica actual de la conceptualización y la práctica psiquiátrica realizada desde adentro, por profesionales con una trayectoria de experiencia asistencial e investigadora". Nos interesó especialmente la parte de "desde adentro" y la relacionamos con el siguiente párrafo de "La psiquiatría...": "...escribo este texto desde mi identidad de psiquiatra clínico, de médico comprometido ante todo con la tarea asistencial y con la docencia; con el paciente y con el estudiante de medicina".

En esta misma línea Levín sostiene que "uno de los estímulos que llevan al psiquiatra actual a adentrarse en el terreno histórico es la búsqueda de respuestas en medio de un contexto de crisis de su paradigma científico" y no podemos estar más de acuerdo con esta aseveración; la búsqueda de respuestas va más allá de la historia, abarca a la filosofía, la antropología y a los críticos de la cultura (Fisher y Reynolds, por ejemplo), menos conocidos como referentes teóricos pero muy agudos a la hora de aportar argumentos que permitan entender el escenario actual.

La crítica al empleo de psicofármacos en el marco de un reduccionismo biologicista (o narrativa neuroquímica) tiene claras implicancias políticas y terapéuticas; desde esta perspectiva los neurotransmisores acaparan el reparto de la trama vivencial: cumplen el papel de encubridores de biografías traumáticas, abusos o desigualdades sociales. La persona con sufrimiento psíquico es una enferma, víctima de un cerebro alterado que determina sus experiencias y cuya alternativa es ponerse en manos de una psiquiatría que reequilibre los desajustes de este órgano. Esto significa que la perspectiva biomédica del sufrimiento psíquico no es la concepción objetiva y neutra de los problemas mentales como se pregona, sino una perspectiva cargada ideológicamente y con profundas ramificaciones políticas que transforma, por ejemplo, contradicciones sociales en enfermedades mentales individuales.

Estos problemas son enfrentados con una gran honestidad epistemológica: "quien se apresure a creer, haciendo una lectura superficial o leyendo simplemente en la tapa el título de este libro, que una crítica al reduccionismo biológico en psiquiatría implica un rechazo a la psiquiatría en general se equivocará por completo. Muy por el contrario, la intención es colaborar, aunque sea muy modestamente, con la construcción de una alternativa superadora, desde dentro mismo de la especialidad", rematando con la siguiente frase: "una vez más y en una sola línea: quien quiera hallar argumentos para fundamentar una postura antipsiquiátrica deberá buscarlos en otro lado; no encontrará en esta publicación nada que le interese".

En vez de antipsiquiatría ecos de la psiquiatría crítica propuesta por Ortiz Lobo y la gran pregunta por la identidad del psiquiatra; cómo construirla y cómo analizarla y pensarla en un contexto de crisis. A veces me da la sensación de que algunos colegas tienen vergüenza de reconocerse como psiquiatras: "soy analista...soy psicoanalista..." se escucha en los pasillos de los congresos

o de las instituciones, como si esas fueran profesiones superiores frente a un cierto menoscabo asociado a la palabra psiquiatra. Considero que Santiago escribe orgulloso desde su profesión y eso se valora, una profesión que podemos incluir dentro de las que Paul Valéry llamaba "las profesiones delirantes" (presentan un gran contraste entre la preparación y la entrega que requieren y las recompensas que ofrecen, nacen de una vocación muy poderosa, exigen muchos años de estudio y entrenamiento, son extremadamente inciertas porque quien se dedica a ellas no sabe si el resultado estará a la altura de su ambición). Hablamos aquí de una identidad abierta a los contextos políticos, culturales, económicos y sociales, una identidad que antepone la ética a la tecnología (como sostienen el anteriormente mencionado Ortiz Lobo, Vispe y Valdecasas) y que se replantea permanentemente los caminos para acompañar a las personas enfermas que sufren.

El libro de Santiago es la kryptonita para una psiquiatría reduccionista que se niega a plantearse cuestiones ontológicas y epistemológicas fundamentales (que sí están planteadas en este libro), que se niega a abrirse a otros relatos.

¿Qué implica reducir la experiencia y la conducta humana a un mero epifenómeno de la actividad cerebral? ¿Qué supone para la clínica organizar sus conocimientos en torno a clasificaciones que naturalizan los trastornos mentales, obviando su origen y su construcción social? ¿Cómo influyen los intereses de la industria farmacéutica en mantener esta narrativa? Levín propone renunciar a la omnipotencia y abrirse a otros relatos que den importancia a los contextos (políticos, culturales, económicos y sociales) evitando naturalizar al patriarcado y sus circunstancias.

El psiquiatra está en una encrucijada: en las últimas décadas el paradigma tecnológico devino hegemónico, marcando el desarrollo de la actividad clínica y de investigación así como la formación de los nuevos profesionales, los mensajes transmitidos a los pacientes, y la visión global que la sociedad tiene de la enfermedad mental como algo explicable (y solucionable) en términos neuroquímicos (una neuroquímica cortoplacista negligente de los efectos secundarios que se utiliza para solucionar dudosos desequilibrios neuroquímicos).

El psiquiatra está en una encrucijada: otra psiquiatría puede ser posible y, sin duda, que es necesaria; una psiquiatría que se dedique al estudio de su objeto sin injerencias de intereses comerciales que sesguen nuestra información. Una psiquiatría que se centre, sobre todo, en el enfermo, en su sufrimiento, y deje a los cuerdos y sanos luchar por su felicidad sin falsos remedios.

El psiquiatra está en una encrucijada: Levín sostiene que "Nuestra tarea en pleno siglo XXI, requiere al menos cuatro frentes: la clínica (la base de nuestro trabajo), la filosofía (en particular, la epistemología), la docencia (con la que formamos nuestros sucesores), y la política (desde nuestras asociaciones, en la universidad, en la sociedad civil). Sin esta última, las decisiones serán tomadas en otro lugar".

Este libro es un gran paso en la dirección correcta. ■